

Un mensaje desde la vida eterna (1)

El acontecimiento mas trascendental de mi vida ha vuelto a brotar al cabo de unos ocho años como consecuencia de la enseñanza impartida por Marta Villacieros en el grupo de oración de Maranatha hace unos días.

Ella se dio perfecta cuenta de la relevancia del asunto pues, tratándose de su primer testimonio personal sobre su vida en la Renovación no podía pasar por alto algo que, sin duda, constituye uno de los grandes tesoros de nuestro grupo.

De ahí es que se aprestase a afrontarlo ,no obstante su dificultad. Sé por ella de sus varios intentos fallidos hasta convencerse que solo con la ayuda del Espíritu Santo podría eludir la emoción que el problema le suscitaba. Decidió entregarse por completo a la oración hasta comprobar luego de nuevos ensayos que la dificultad se estaba venciendo.

Realmente no era fácil relatar ante el pleno de los hermanos la insólita comunicación de lo que mi madre le confió en la capilla de la Residencia de San Martín Pinario durante la celebración eucarística a la caída de una tarde agostea en Compostela.

Pero vayamos por partes, y situémonos en Madrid en una brumosa tarde primaveral al concluir nuestra habitual oración semanal. A pesar de la asistencia de Chus fuimos pocos los que nos dirigimos al restaurante de la calle de Narvaez que había tomado la primera substitución de "la Joyita".

Quizas por la confluencia del clima, el escaso número de asistentes, la falta de intimidad entre ellos, etc, la realidad es que entre los comensales reinaba un extraño silencio. Además de a Chus no recuerdo a ningún otro u otra asistente. Si sé con certeza absoluta, que Marta no se encontraba entre ellos. También recuerdo cómo fui yo quien rompió el silencio con una frase que no guardaba relación alguna con lo que allí estaba sucediendo pero si con lo que había ocurrido en mi interior desde que alcancé lo que, hasta hace relativamente poco, hemos venido llamando "el uso de la razón(2) <<¡¡ Cómo me gustaría que mi madre me viese en Maranatha !!>> Esta fué la frase desencadenante del mensaje de Santiago y de cuanto ha ocurrido luego en su derredor.

La verdad es que nada más pronunciarla, sin quererlo, centré la atención de las circunstantes considerándome además obligado a justificar el por qué de su articulación.

Cierto es que desde mi encontronazo con la Renovación pocos meses antes, por un cúmulo de circunstancias y

casualidades, nunca había encontrado nada tan adecuado a las exigencias de mi espíritu. Había, por fin, conseguido lo que mi madre tanto había anhelado para sus hijos, ella no tenía más vida que el Señor, sus diez hijos y su marido. Nada de mundanidades. Así mientras a mi padre le preocupaban nuestros estudios y las consiguientes actividades sociales y profesionales, la mayor cercanía posible del Señor constituía la única obsesión de nuestra madre, por eso, ahora, cuando por fin lo estaba consiguiendo, se me ocurrió aquella frase que tanta alegría podría producir a mi progenitora. La cuestión fue tomando altura, profundidad y un cierto atractivo motivador del interés de Chus por la preparación de un testimonio del que yo podría ocuparme. Tuve entonces la intuición de un posterior desarrollo que, de momento tan solo se había iniciado y propuse ese día que concluyéramos dando tiempo al tiempo en espera de mayores acontecimientos.

Nada nuevo hasta que en Agosto del año 2006 mi madre decidió responder a mi deseo a través de Marta dándonos cuenta de su satisfacción tras haberme visto en Maranatha. Varias cosas se resolvieron en un instante:

Existía la vida eterna, mi madre la había alcanzado y la Renovación Carismática merecía la aprobación de quienes habían recibido la salvación perpetua concedida por el Señor. De todas ellas la existencia del cielo era la única que para mi había constituido un problema

permanente. Y lo era porque después de aquellos insuperables veranos de tres meses largos que yo pasaba en Mondariz era difícil concebir algo similar. Allí contábamos con toda clase de árboles, peces y frutos y a diferencia del paraíso terrenal, carecíamos de prohibiciones. Esto dificultó, en gran manera, durante muchísimo tiempo, la posibilidad de concebir algo más apetecible.

El otro gran problema cuya solución también he encontrado en la Renovación es el de la contraposición que con rotundidad plantea Lucas en 16,13 al decirnos "no podeis servir a Dios y a las riquezas". He llegado a los ochenta años manteniendo entre ambos polos ese imposible equilibrio o creyendo que lo mantenía cuando la realidad era que lo hacía mintiéndome a mi mismo hasta que una serie de circunstancias imprevisibles han venido a concurrir provocando mi ruina. Me he quedado con un solo asidero. Aún así, durante unos cuantos meses he persistido en el error, y volcado mi oración en la recuperación de la idolatrada riqueza. El Señor no ha accedido y como a Pablo en distinta circunstancia siempre me ha respondido con firmeza indubitada "te basta mi gracia" mas no podemos confundir ambas situaciones por cuanto Pablo tenía muy claro a quien debemos exclusiva servidumbre y así en Corintios 2,8-9 nos dice "porque ya conoceis la gracia de nuestro Señor Jesucristo que por amor a

vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos”.

Pero el tema de la pobreza como fuente de enriquecimiento espiritual era ya conocido en el antiguo testamento. Así el libro del Eclesiástico nos exhorta a aceptarla “porque el oro se acrisola en el fuego y el hombre que Dios ama en el horno de la pobreza(3).

Por último en tiempos contemporáneos Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) carmelita descalza mártir y copatrona de Europa(1891-1942) en una preciosa meditación recogida por Magnificat número correspondiente al pasado mes de Junio (pag 424) nos dice: “El salvador nos ha precedido en el camino de la pobreza. A él le pertenecen todos los bienes del cielo y de la tierra . Para él no representaban ningún peligro; podía usar de ellos al mismo tiempo que conservaba su corazón enteramente libre. Pero sabía muy bien que es casi imposible al ser humano poseer bienes sin subordinarse a ellos y hacerse su esclavo. Por esta razón lo abandonó todo , y con su ejemplo nos ha enseñado, aún más que con sus palabras, que sólo lo posee todo el que no posee nada.

Su nacimiento en un establo y su huida a Egipto nos hacen comprender ya que el Hijo del hombre no tendría lugar donde reposar la cabeza. El que quiera seguirle debe saber que nosotros no tenemos una morada

permanente. Cuanto más vivamente tomemos conciencia de ello, más ardientemente tenderemos hacia nuestra morada futura y exultaremos sólo de pensar que tenemos derecho de ciudadanía en el cielo

Hay afirmaciones que no se pueden camuflar, una de ellas la constituye la esencia de este escrito “solo posee todo el que no posee nada”.

Durante bastante tiempo no pude hacer más las tesis del Eclesiástico, San Pablo y Edith Stein sobre la pobreza. Hasta que llegó la gratuidad del Señor haciéndome ver cómo en estas y otras muchas oraciones(4) y no en la acumulación de riqueza se contiene el verdadero enriquecimiento espiritual. La gran tentación de la mayoría de los autoproclamados cristianos consiste en compaginar las riquezas de este mundo con un fervoroso seguimiento a Jesucristo al margen de lo prescrito en los evangelios. Lo digo por haber no solo participado sino incluso rogado al Señor mi inclusión en esta categoría de la que intente formar parte hasta que el Señor permitió mi ruina primero y me inundó después con su gratuidad para hacerme comprender el enriquecimiento que implica la pobreza.

Gloria al Señor

Madrid-7-julio-2013

Fernando Escardo

Notas

- (1) Copia del original colgado de la pag web de Maranatha, grupo de la Renovación Carismática en el Espíritu
- (2) Forma consuetudinaria de aludir a lo que María Moliner define como "inteligencia o discernimiento normal de una persona que ha pasado de la infancia"
- (3) Libro del Eclesiástico 2,1-13 (Magnificat mayo 2013 pag 302)
- (4) El papa Francisco en sus singulares homilías de Santa Marta varias veces ha insistido en que jamás ha visto un camión de mudanzas junto al cortejo fúnebre de cualquier fallecido por importante que haya sido su fortuna